

ligro de aquel demonio que valia por toda una legion; el gobierno se asustó ante asociacion semejante; no tuvo valor para oponerse abiertamente á ella, ni sutileza para desacreditarla con su proteccion; y mientras con suspicacia inquisitorial y tímida habia prohibido hasta la *vida de Carlos XII*, dejaba entonces imprimir ó no aquellos escritos ateos, segun el favor ó los rencores de la Pompadour, dispensadora de las gracias y de la gloria.

Entre tanto se difundian y se leian; la literatura daba la mano á las ciencias; conociendo que á las clases acomodadas empalagaba la pedantería, esponíase todo con ligereza, con facilidad, con evidencia, condimentándolo con un tantico de filantropía, nombre sustituido al de caridad, y que frecuentemente dispensaba de tenerla, aplicándolo, no á los individuos, sino á la especie entera. Vino luego la mania de dar esplicaciones claras de todas las cosas; y de arbitrarias hipótesis materialistas se dedujeron consecuencias extravagantes y poco despues mortíferas. Opúsculos é impresos periódicos repetian aquellos pensamientos bajo mil formas; y la generacion nueva crecia entre ellos, admitiéndolos tanto mas, cuanto que, suprimidos los jesuitas, la educacion cayó en manos de los discípulos y sectarios de la *Enciclopedia*.

Así á través de débiles resistencias se entendieron las ideas disolventes, la audacia de la impiedad, la indiscrecion de la palabra, la fé en la incredulidad, la escageracion en los discursos; así se arrojaron á manos llenas sobre la sociedad lo sublime y lo ridículo, la verdad y el error. La intolerancia entonces mantuvo el escepticismo; la negacion llegó á ser fé; Voltaire vino á parecer tímido porque toleraba un Dios, y el ateísmo se puso en moda. El que no queria ser motejado de profesar antiguallas, el que no se resignaba á aguantar una tempestad de burlas y censuras, tenia que conformarse con la opinion dominante; la irreligion tomaba el puesto del sentimiento, aun entre los buenos; los reyes ambicionaban los elogios de los enciclopedistas, y procuraban merecerlos haciendo guerra al cristianismo; Gustavo III de Suecia y Estanislao Poniatowski vinieron á beber en aquellas fuentes, Catalina de Rusia y Kaunitz pagaban agentes que les informaran de todo lo que escribian ó decian Voltaire y los suyos: Federico II, parapetado detras de un bosque de bayonetas, veia sus polémicas, escuchaba sus lecciones por politica y se reia de las cosas sagradas, acogiéndolos por último en sus Estados cuando llegaron á ellos fugitivos, colocando á d'Argens y Maupertuis en buenos empleos, aconsejándose con Helvecio para la reforma de las aduanas y del tesoro, y procurando momentáneos triunfos á De Prades, á La Beaumelle y al abyecto La Mettrie.

REACCION.—LOS SENTIMENTALES.—DERECHO PUBLICO.

¡Pero será justo presentar á estos filósofos como seres perversos y conjurados para subvertir las leyes políticas y religiosas? No parece esto conciliable con la filantropía que ostentaban, con el perfume de sensibilidad que toda la literatura de aquel tiempo despedía, así la novela como la historia, la poesía como la jurisprudencia. Creo que cuando Helvecio proclamó el amor de sí mismo, no quiso decir que debiera preferirse la ventaja propia al interes general, sino aquel amor hácia á los hombres virtuosos: bien sé que el que pone en circulacion moneda falsa no es tan culpado como aquel que la falsifica. Sin embargo, quien levante el barniz de humanidad y de franqueza que cubre tales escritos, verá á sus autores temerosos de encontrar la verdad; unos despreciando profundamente la raza humana, otros ostentando intrépidos la inmoralidad. Rousseau decia que cuando cesaba en los hijos la necesidad de vivir al lado de los padres, se disolvian todos los lazos que con ellos les habian unido (1) y depositaba sus hijos en la casa de espósitos. Linguet en la *Teoria de las leyes* queria introducir de nuevo la esclavitud doméstica; Maupertuis proponia que se entregasen los reos de muerte á los cirujanos para que en el cerebro todavía vivo sorprendiesen el mecanismo del pensamiento; publicóse una novela donde se rompian y hollaban todos los vínculos naturales hasta sustentar la antropofagia; muchos negaban el mio y el tuyo; y otro dijo que ninguno, á no ser por vergüenza, vacilaria entre la muerte de un hijo y la pérdida de sus bienes (2) y el médico La Mettrie (1709-1751), proclamó que solamente el vulgo distinguia el cuerpo del alma, pero que el filósofo debía reirse de esto, cultivar la verdad como sábio, esparcir el error como ciudadano, y estudiar al hombre para engañarlo. El mérito de La Mettrie consistia en ser mas desvergonzado que los demas y en no mitigar las consecuencias; ni seria digno tampoco de ser aquí nombrado si no fuese porque en sus escritos revela los resultados de la doctrina de disimulados maestros. El *Arte de gozar*, los *Discursos sobre la felicidad*, el *Hombre máquina*, el *Tratado del alma*, destruyen toda conciencia é inducen al vicio y al delito á cualquier jóven. Segun su teoria, el hombre es un reloj movido por las pasiones; las virtudes y los vicios son efectos de la organizacion; el hombre, planta semoviente de la cual el clima y la digestion hacen un héroe ó un malvado; los animales se perfeccionarán y se convertirán en hombres tan luego como llegue un genio que les dé el habla; la

(1) *Contrat. social*, L. I, C. II.

(2) "Dites-moi s'il y a un pére qui, sans la honte qui le retient, n'aimât mieux perdre son enfat, que sa fortune et l'aisance de sa vie." *Diderot*.

moral y la religion no hacen mas que urdir mientras útiles á la sociedad; la civilizacion no es sino un tejido de patrañas para el pueblo, del cual debe pues separarse enteramente el filósofo racionando por sí, pero sin debilitar ni desconsiderar el poético ordenamiento de las cosas sociales. El autor de esta teoria murió de indignacion; el rey Federico no tuvo reparo en recitar su elogio; y un ateo dijo que le habia predicado la doctrina del vicio con la arrogancia de un insensato.

¡Estrañó modo de realizar al hombre vilipendiándolo; extraño modo de buscar la dignidad moral del individuo, pretender que se halla en su aislamiento y negar audazmente la libertad humana! "Si estuviésemos más intruidos de lo que estamos, dice Diderot, veriamos que lo que existe es lo que debe ser y como de ser, y que no hay independencia ninguna en las extravagancias ni en las virtudes de los hombres (1)." "Un destino incontrastable, añade Voltaire, es la ley de toda la naturaleza; y seria estraña contradiccion y absurdo que mientras los astros, los elementos, los vegetales, los animales obedeciesen irresistiblemente las leyes de un Gran Sér, el hombre solo pudiera conducirse por sí (2)." De donde Helvecio directamente deducia que "hay hombres tan desgraciados que no podrían ser felices sino por medio de acciones que los conducen al patíbulo (3)." Voltaire y el autor del *Sistema de la naturaleza* proclaman que el fin justifica los medios, y que la mentira es licita si es oportuna (4). ¡Qué mas! Los dos corifeos de los filosofantes no se ensuciaron con composiciones nefandas!

Pero lo que oprime el corazon es que los filósofos revolvián el mundo con sus doctrinas sin estar convencidos ellos mismos de la verdad de lo que proclamaban. La Mettrie decia: "de viva voz yo no moralizo como por escrito: en mi casa digo lo que me parece, á los demas lo que creo saludable y útil; aquí prefiero la verdad como filósofo, allí el error como ciudadano." D'Alembert comenzaba su testamento: "en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo." Diderot se deleitaba en ver á un fraile

(1) *Enciclopedia*, artículos *Evidencia*, *Etiopie*.

(2) *Principe d'action*.

(3) *ESPIRIT*. Dis. I, C. IV.

(4) *Système de la nature*. "Si l'homme, d'après sa nature, est forcé d'aimer son bien-être, il est forcé d'en aimer les moyens; il serait inutile, et peut-être injuste de demander à l'homme d'être vertueux, s'il ne l'était pas sans se rendre malheureux. Des que le vice rend heureux, il doit aimer le vice."—Voltaire, *Correspond. gener.* "Le mensonge n'est un vice que quand il fait du mal; c'est une très grande vertu quand il fait du bien. Soyons donc plus vertueux que jamais. Il faut mentir comme un diable non pas timidement, non pas pour un temps, mais hardiment et toujours. . . Les grands politiques doivent toujours tromper le public. . ."

ó la procesion del Santísimo, amaba á sus hijos con ingénuo cordialidad, los educaba religiosamente, complacíase en el espectáculo de las bellezas naturales y repetia las palabras de su anciano padre: "hijo mio, buena almohada es la de la razon, pero la cabeza reposa mejor todavía en la de la religion y las leyes." Hablaba con entusiasmo de Dios, y á los que de ello se maravillaban respondia: "hablo segun mi inspiracion presente, bien puedo ser ateo en la ciudad pero no en el campo; soy ateo ó deita por ser "mestre." Tambien Voltaire repetia: "nuestra filosofia es muy saludable ó muy perversa;" y exclamaba: "¡sin embargo qué buen tiempo es este siglo de hierro!" y escribia á D'Alembert profetizando el triunfo de sus doctrinas y diciendo: "no se armará entonces mal barullo."

Así por opiniones vacilantes y mordaces se destruian las verdades consoladoras, se quitaba á los padecimientos humanos la esperanza de otra vida, y se dejaba solo el martirio en esta, de la cual despues se proponia como único objeto el placer. (1)

Inglatera, que á estos movimientos habia dado impulso, lo recibia entonces, y bellísimos ingenios se extraviaron con tales teorías. En Rusia influyeron estas no en el pueblo sino en los dominadores. En Italia las trabas impuestas al pensamiento impedían que el estrago se difundiese, pero al mismo tiempo evitaban tambien que surgiesen eficaces impugnadores que combatieran las malas doctrinas; de modo que esceptuando á Gerdil, y apenas queriendo nombrar á Spedalieri, que por su parte tanta refutación necesita tambien, no se presentaron campeones de la verdad en el pais donde esta tiene su asiento. La grave Alemania creyó ver en estos escri-

(1) No un jesuita, no pietista, sino Roshes-pierre cuando la guillotina diariamente enviaba al sepulcro ciento cincuenta victimas, y cuando se hubo de hacer un canal por el cual corriese la sangre, llevándose así á cabo de un modo terrible la igualdad filantrópicamente predicada, de cia de los enciclopedistas: "esta secta en materia de politica se quedó siempre muy corta respecto de los derechos del pueblo; y en materia de moral pasó mucho mas allá de la destruccion de las preocupaciones religiosas, sus corifeos declaraban algunas veces contra el despotismo y estaban pensionados por los déspotas; imprimian alternativamente libros contra la corte y dedicaban torias á los reyes, discursos para los cortesanos, madrigales para las cortesanas, siendo altivos en sus escritos y rastreros en las antenas. Esta secta propagó con gran celo la opinion del materialismo, que prevaleció entre los grandes y pisaverdes; á ella se debe en parte esa especie de filosofia práctica, que reluciendo el egoísmo á sistema, considera la sociedad como una guerra de astucia, el buen éxito como la regla de la justicia y la injusticia, la probidad como asunto de gusto ó de pulidez, el mundo como patrimonio de sagaces bribones." (18 *febreal*, año II.)

tos el complemento de la reforma religiosa; imaginóse que si Lutero y Calvino en otro tiempo habían invocado la soberanía de la razón tan solo contra el papa, se la debía emplear entonces contra las Escrituras, por lo cual los periódicos se dedicaron á analizar y difundir aquella doctrina; para que penetrase en la generalidad. Mostróse en los escritos gran predilección en favor del escepticismo sarcástico; erigiéronse en los gabinetes de los electores eclesiásticos y de los canónigos y de diez seis cuarteles, los bustos de Voltaire y de los suyos; Wieland con su incredulidad burlesca y su placido epicureísmo se hizo de moda; Lessing no veía en las religiones mas que un progreso del espíritu humano y se inclinaba á la doctrina de Espinosa; Nicolai y otros muchos que lo seguían, proclamaban la irreligión y el gusto francés.

Los iluminados; sociedad secreta dirigida por Weisshaupt contra toda superioridad eclesiástica y política, y que se decía tener por objeto restituir al hombre á la primitiva igualdad de que lo habían despojado la religión y los gobiernos, tuvieron tantos prosélitos de todas clases, que su director exclamaba: ¡oh hombres! ¿Qué cosa no se podrá daros á entender? Algunos pensaron en hacer la guerra á los enciclopedistas, sosteniendo la religión sin apelar mas que al raciocinio. Así el ginebrino Bonet en la *Patogenesia filosófica*, parte del naturalismo y de la estatua de Condillac para buscar de consecuencia en consecuencia el mundo trascendental, viendo los males y desórdenes de esta vida, cree en otra; pero piensa que todos los seres que padecen deben elevarse en la escala de la inteligencia, y si por todas partes admira un encadenamiento de sabiduría infinita, por otro lado sueña en una trasmigración de las almas de los hombres y animales de un cuerpo á otro siempre perfeccionándose. Al mismo tiempo el sueco Linneo habló de la divinidad con un respeto que entonces podía calificarse de valor, y en sus estudios botánicos aprovechó todas las ocasiones que se le presentaron para mostrar las maravillas de las obras de Dios. También el médico suizo Haller se inspiró con el sentimiento de la divinidad; Reimard en las *Verdades fundamentales de la religión natural*, que explicó de un modo popular, probó la existencia de Dios, manifestando que era necesario admitir que el hombre y los animales fueron creados por una inteligencia superior, y que la naturaleza inanimada tiende de continuo á un fin general; el judío alemán Mendelsohn demostró la inmortalidad en el *Fedon*, y la existencia de Dios en las *Horas matutinas*; Lambert, Hamann, Jacobi se opusieron al materialismo; Novalis contemplaba la naturaleza como una revelación de las armonías divinas, como una simpatía entre el hombre y todo lo creado; Kant, mostrando querer consolidar y dirigir la ciencia en conformidad con el bien general en todo lo que concierne á los altos conocimientos, á la vida, al hombre, destruyó

los fundamentos de todas las verdades; pero Klopstock en la *Mesiada* supo sacar inspiraciones y armonías del Evangelio; y Juan Müller en la historia reconoció la mano de pas.

Dios y admiró la obra educadora de los papas. La necesidad, pues, de creer en la moral, en la virtud, en aquella que los materialistas llamaban ilusiones, era sentida fuertemente también por los que se abandonaban á las ideas nuevas; y al filosofismo, escuela de odio y desprecio, querían oponer por esta vez el amor. Por eso produjo tanto efecto la reacción de Juan Jacobo Rousseau (1712-1778), que en las *confesiones* reveló sus vicios y hasta sus debilidades, con lo cual poniéndose á sí mismo por tipo moral de la humanidad, á la justificación sistemática de los peores extravíos que si bien él se pinta envidioso, egoísta, orgulloso, todavía nos inclinamos á creer bueno al que declama contra los malos, y nos aficionamos aun á las culpas, referidas con aire candoroso y con la persuasión de que ninguno era mejor que él (1).

Rousseau comenzó de la manera que entonces se usaba y que Diderot le había enseñado, sostenido por una paradoja, á saber, que los progresos de una civilización corrompen las costumbres: asunto de ánimo indignado por la avilante de los literatos, el despotismo de las academias, el desprecio con que había sido acogido, no solo cuando era copista ó aprendiz de platero, sino también cuando se presentó en París con dos descubrimientos el uno para volar y el otro para escribir mas fácilmente la música. Justamente descargó el azote de la censura sobre los escritos inmorales y obscenos no menos que sobre los impíos; pero blasfemando las letras blasfemaba del siglo como si las culpas de éste procediesen de ser culto. En el *origen de la desigualdad entre los hombres* hizo la guerra á todas las instituciones sociales contra la voz general del siglo, embriagado con los progresos, á quien gritaba: *un salvaje, un caribe que aplasta la cabeza de sus hijos para hacerlos imbéciles, es mas sabio y mas feliz que tu*: delirio soberbio de una sensibilidad irritada que se indigna contra las riquezas que no posee, y que recibida una injuria, lejos de olvidarla, va indagando paso á paso su origen hasta formar un sistema con aparato de lógica y de elocuencia. Voltaire le escribía irónicas felicitaciones y le decía:

(1) Esto dice Rousseau desde el principio mismo de su obra y en bien ampulosas frases: "Que la trompette du jugement dernier sonne quand elle voudra. . . Etre éternel, ressemblant autour de moi l'innombrable foule de mes semblables; qu'ils écoutent mes confessions, qu'ils pémissent de mes indignités, qu'ils rougissent de misères. . . et puis au, un seul te dise s'il l'ose: je fus meilleur que cet homme-là!"

"al leerlos me dan ganas de andar en cuatro piés."

Creyendo que no bastaba demoler sino que también era preciso reconstruir rechazó el grosero sensualismo y trató de remplazar los dogmas racionalistas con el sentimiento religioso. Declarándose contra el epicureísmo egoísta de su tiempo, quiso corregir la moral y cambiar el orden político y doméstico; restituyó á la filosofía lo que le habían quitado, esto es, la elocuencia y el sentimiento, y con esto atrajo á su partido á las mugeres y á todos los que amaban la virtud y odiaban el ateísmo. Profesaba poquísimas teorías pero las repetía bajo cien formas dándole así mayor vigor. Espíritu falso y de medianos conocimientos, tuvo menos ciencia que los enciclopedistas; no fué profundo sino de palabra; su moralizar sobre todo tiene cierto sabor pedantesco; su estilo, que agrada á algunos por su tono imperioso y por sus aciosomas terminantes, es un tanto enfático y rebuscado, verdadero en ocasiones, pero nunca sencillo, y deja conocer que el pensamiento no le nacía un tiempo con la palabra. En aquella época en que se marchitaban las ilusiones, en que parecía debilidad el abandonarse á los impulsos del corazón, en que la novela se nutría con los extravíos de los sentidos, ¡qué efecto no debió producir la *Nueva Eloísa*, en la cual se acercó cuanto pudo á la naturaleza, sustituyó á los golpes de escena el estudio interior, y presentó el prelude de las novelas íntimas de nuestro siglo! El modelo y la verdad no era mejor; Saint-Preux es pedante, Julia dice lo que las demas ocultan, analiza sus propios sentimientos, calcula cada uno de los progresos de la pasión, conoce las impresiones que ella excita y las que experimenta: verdadero espiritualismo del libertinaje que no puede obtenerse sin quitar á la muger aquel pudor lleno de encantos, aquella ignorancia de sí misma aquella involuntariedad, del abandono, aquello en suma que forma sus atractivos.

Sin embargo, entre estas verdades alteradas por la impaciencia, Rousseau representó el movimiento del pueblo hácia el porvenir, siendo tal vez el único que vió inminente una gran catástrofe, cuyos efectos no podían evitarse sino con volver al culto antiguo y con salvar la moral del naufragio del dogma. Tal es el intento de su *Emilio*, y tal el objeto del *Contrato social*. Las relaciones entre los individuos y las naciones habían estado arregladas en la edad media por un derecho superior; pero al caer éste, era necesario buscarles otras bases, y para ello se inventaron sistemas, unos inútiles, otros nocivos, todos deducidos del sugeto, así como de un verdadero eterno, y poniendo la sociedad por fin, no por medio.

Puede señalarse como primera época del derecho internacional aquella que siguió al tratado de Westfalia, y puede ponerse á su cabeza á Penelon y despues de él á Puffendorf, Leibnitz, Espinosa, Zonck, Jenckins, Selden, Samuel Rachel, los cuales propusieron un sistema que mantuviese el equilibrio entre las potencias.

Con el tratado de Utrecht comienza la segunda época, donde el derecho de gentes, fundado por Grocio en los ejemplos antiguos, llega á ser nacional, ó como entonces se decía, filosófico, y se confunde con el derecho natural. Entoces aquellos que tienen en el derecho romano la misma fé que los teólogos en la Biblia, introducen en él como mejor pueden las ideas de la perfectibilidad humana y de la asociación universal.

Como Grocio, Puffendorf y Barbeyrac, apareció en el seno de la religion reformada el ginebrino Burlamaqui (1694-1748) para completar la jurisprudencia de la humana república, el cual en el *Derecho político y de gentes* y en los *Principios de derecho natural*, publicaciones póstumas en lengua vulgar, recopiló, refundió y espuso claramente las doctrinas de sus tres predecesores. Como protestante, puso el origen de las leyes y de las obligaciones en la felicidad del hombre, no en la verdad misma, y la norma no en la voluntad general, sino en la de cada uno de los individuos; con lo cual no pudiéndose comparar ni conciliar los deberes para consigo mismo con los deberes para con el prójimo, ni encontrar las diversas aplicaciones de un deber idéntico para con la humanidad, desaparecía la distinción entre el derecho y la simple moral, entre la rigurosa justicia y la beneficencia; y si un solo hombre no diese su consentimiento á una ley aceptada por todo el género humano, no quedaba obligado á ella. De aquí se seguía por consecuencia que en la imposibilidad de obtener semejante unanimidad de los asociados, no debían alterarse nunca las instituciones humanas, era ilegítima toda innovacion por mas necesaria que fuese, y no hay iniquidad ó usurpacion que no pudiera legitimarse mediante un convenio tácito cualquiera.

Este origen humano destruía el derecho divino, pero aniquilaba también el derecho popular. Considerábase como única libertad necesaria la libertad individual, y de aquí la admiración común en aquel siglo á la constitucion inglesa; pero mientras la nobleza suspiraba por aquella libertad aristocrática, la nacion sentía la miseria popular.

La escuela de Puffendorf miraba la ciencia del derecho internacional como un ramo de la filosofía moral, esto es como el derecho natural de los individuos aplicado á las sociedades independientes llamadas Estados; pero Wolf, en el *Jus natura* (1679-1764) dió el primer tratado sistemático del derecho separado de la ética y de las demas ciencias análogas. Grocio consideraba el derecho de gentes voluntario como de institucion positiva, y fundaba las obligaciones en el consentimiento general de las naciones; pero Wolf á su vez lo miraba como una ley impuesta por la naturaleza á los hombres cual

consecuencia necesaria de su mision social, ley á la que ninguno podia rehusar su asentimiento. Gracioso confundia el derecho voluntario con el consuetudinario; Wolf pretendia que aquel debia ser obligatorio para todas las naciones en todos casos, y éste solamente en aquellos en que se hallase establecido por el uso ó por el consentimiento tácito.

El lector a quien parezca pesada su larga obra erizada de fórmulas científicas, puede encontrarla resumida en los *Principios de la ley natural* aplicados al gobierno de las naciones y á la conducta de los soberanos, por Vattel de Neufchatel (1714-1767), autor ligero, claro de estilo y liberal en sus conclusiones. Este considera el derecho de gentes en su origen como el derecho natural aplicado á las naciones y modificado por la diferencia que existe entre ellas y un individuo. Segun su sistema, una parte de este derecho es necesaria é inmutable, y las naciones no pueden dispensarse de ella, al paso que la otra es voluntaria y se deriva del consentimiento tácito ó expreso. Viene despues el derecho *convencional* derivado de pactos entre estados individuales y el *consuetudinario* que nace de los usos establecidos entre naciones determinadas.

Por estas gratuitas distinciones de derecho interior y exterior, perfecto é imperfecto, voluntario y arbitrario, llega Vattel á justificar lo que menos podria justificarse. Así hace derivar el derecho de conquistador de la justa defensa de sí propia; y aunque primero lo restringe á los límites de ésta, despues por el derecho voluntario de gentes encuentra que "adquisicion hecha en guerra formal es válida, y que la conquista fué siempre título legítimo entre las naciones (1)." Por lo mismo pone siempre para los particulares diferentes reglas que para los estados, no se remonta á las fuentes mas elevadas, y cree legítima la guerra cuando se hace con las debidas formas, que son en su concepto el pedir satisfaccion, y no obteniéndola declarar preventivamente las hostilidades.

El derecho patrimonial de las familias reinantes, que aun se sostenia en los tiempos de Grocio, es refutado por Vattel, declarando que los reyes han sido hechos para los pueblos; no los pueblos para los reyes: que éstos son un medio no un fin; y que pues el medio no es bueno sine en cuanto conduce al objeto, el poder de los reyes es solamente condicional, y cualquiera que sea el órden político, la soberanía pertenece á los pueblos que como los individuos tienen derechos indefectibles é inenagenables. Por lo demas, siendo el derecho superior á la voluntad humana, la soberanía nacional nada puede contra él, y no traspasa los límites eternos de la justicia; y no siendo posible á una gran nacion el ejercicio inmediato de la soberanía, es necesario, y por tanto legítimo,

[1] *Droit des gens*, L. III, c. 13, § 201-195.

delegar los poderes. Véase aquí le bási del gobierno representativo.

Aferróse á tales dogmas Rousseau, y con lógica imperturbable sostuvo que el derecho se identifica con la soberanía; que la voluntad general no podia engañarse (1); que repugnaba á la naturaleza del cuerpo político que el soberano impusiese una ley inviolable para él mismo; y que ninguna ley sin exceptuar el pacto social, podia ser obligatoria para el cuerpo del pueblo. Mientras Montesquieu se apoya en la historia y con excesiva rigidez de lo que fué pretende deducir lo que será, Rousseau la rechaza examinando solo la naturaleza humana. Hostil á la sociedad, quiere que el hombre se dirija al bien independientemente de las leyes de ésta; en su opinion, la naturaleza lo ha hecho todo bueno y la sociedad lo ha convertido todo en malo, por lo cual seria necesario volver á las selvas naturales y á aquel tiempo en que ningun genio maléfico habia planificado todavía un coto, ni inventado los malditos nombres de *mío* y de *tuyo*. Para él la sociedad existe por una adhesion voluntaria de cada una de sus partes, y por lo mismo está sujeta á todas las cláusulas rescisorias dependientes del capricho de cada uno de los contratantes.

Ya en Inglaterra se habia proclamado esta doctrina de un pacto social en cuya virtud los hombres, dejando su natural independencia, se habian reunido en asociacion buscando á parte de su libertad. ¡Pero se puede llamar independencia un estado en que el hombre se hallaba reducido á pura sensacion, esclavo de los fenómenos fortuitos, siguiendo por única ley la de sus necesidades maquinales, satisfaciéndolas por casualidad por ser mas débil que muchos brutos, y sujeto en cuerpo y alma á la inculta naturaleza? ¡En qué tiempo se concluyó este pacto? ¡Dónde está su testo original! ¡Cómo pudieron comprender unos seres *estúpidos y limitados* que seria bueno convertirse en seres inteligentes y en hombres, y para ello convenir en un contrato sin que anteriormente estuviesen ligados en sociedad? ¡Cómo enagenar derechos necesarios á la conservacion y perfeccionamiento de los individuos y enagenarlos para siempre de modo que las generaciones futuras tuviesen que reconocer obligaciones aceptadas sin su mandato? A estas objeciones no se contestaba [2]. El hombre tiene deberes, se decia, ¡y podria ser obliga-

(1) Contrato social, II, 3; I, 7.

(2) "L'ordre social est un droit sacré et sert de base á tous les autres: cependant ce droit ne vient point de la nature; il est donec fondé sur les conventions." Rousseau. Pero lo que no viene de la naturaleza, ¿cómo puede ser derecho? Y luego, ó el órden social es necesario para el bien del hombre y entonces éste será un hecho de un órden natural, ó no es necesario; y en tal caso nunca podrá servir de base á los demas derechos.

do á cumplirlos sin que hubiese pacto. Pero ninguno se adelantaba á preguntar por qué el hombre habia de estar obligado á cumplir este pacto; y cuando se veian reducidos al último extremo, respondian que al fin y al cabo esta no era sino una hipótesis, no cuidándose de sí por la falsedad del supuesto resultaban viciosas consecuencias.

Rousseau examinó, pues, cuáles fueron las bases de semejante contrato y las precauciones para hacerlo observar, de donde dedujo la soberanía del pueblo. Soberanía en su concepto no hay mas que aquella que pertenece á todos, la cual no puede ser enagenada ni dividida y por consiguiente ni representada; tiene todo el poder y toda la justicia; no puede engañar, y si engañase deberia ser obedecida, siendo sus juicios absolutos y pronunciados en forma legislativa. Así estableció el despotismo del Estado (1), y véase aquí transferido el poder absoluto de los reyes al pueblo que lo ejerce inmediatamente. Toda otra legitimidad para Rousseau es nula: la soberanía del pueblo es la base de la ciencia política; la accion de los gobiernos se restringe todo cuanto se dilata la de los individuos y naciones. ¡Si el pueblo quiere hacer mal á sí propio, quién se lo ha de impedir? esclama Rousseau, y así reniega de la razon, del derecho, de Dios. Rousseau no hizo mas que repetir con mayor elocuencia lo que ya otros habian dicho [2], y el que lo mire como un declamador elegiaco ó como un sañudo soesta no podrá menos de admirar la poesía de sus escritos, pero el pueblo dió nueva prueba de su buen sentido teniéndolo por filósofo, creyendo que raciocinaba y considerándolo como representante de una escuela [3].

Mably, en el *derecho público de la Europa fundado en los tratados*, divulgó las ideas de Rousseau escagerándolas y aconsejando que se renunciase á la floreciente civilizacion pa-

(1) "Je ne connais aucun système de servitude qui ait consacré des erreurs plus funestes que l'éternelle métaphysique du Contrat social." BENJAMIN CONSTANT, *Cours de politique constitutionnelle*. T. I. p. 239.

(2) Hasta Montesquieu (*Esprit*, XI, 6), dice "Apenas se reúnen los hombres en sociedad, la igualdad que reinaba antes entre ellos cesa, y el estado de guerra comienza".

(3) El mayor panegirico de Robespierre es el que ha hecho Lamartine en su *Histoire des Girondins*. Sin embargo, empieza con estas palabras: *La filosofía de J. J. Rousseau habia penetrado profundamente la inteligencia de Robespierre, llegando á ser para él un dogma, una fé, un fanatismo*. En la apoteosis de Rousseau, Campacéres, presidente de la convencion, pronunció un discurso en donde entre otras cosas decia de él: "Político sublime, pero siempre sábio y benéfico, la bondad fué la base de su legislacion; dijo que en agitaciones violentas debiamos desconfiar de nosotros mismos, que no es justo lo que no es humano, y que es un tirano aquel que se muestra mas severo que las leyes. El gérmen de sus inmorta-

ra reducirse á la condicion de Esparta. Pero pregúntese al uno y al otro si convendrá hacer la esperiencia: responderán que la sociedad está demasiado pervertida para que pueda esperarse su curacion. Sin embargo, el experimento se llevó á cabo, y el *Contrato social* fué el código de la revolucion francesa, como el de la inglesa habia sido la Biblia.

El abate de Saint-Pierre habia presentado al congreso de Utrecht un *proyecto de paz perpetua* que consistia en una república europea compuesta de diez y nueve Estados, cada uno con un voto en la dieta comun y que tomarian las armas para hacer obedecer sus decisiones. Rousseau en 1761 publicó un *extracto* de este proyecto separándose sin embargo, de muchas teorías de aquel utopista. El mal, dice, de las actuales sociedades políticas procede de que tienen que aplicarse á la seguridad exterior los cuidados y los recursos que se deberian dedicar al mejoramiento interior; y esto nace de no haberse formado entre las naciones un pacto social que evitase las guerras exteriores como evita las interiores el pacto formado entre los individuos. Tal seria la confederacion, como en Germania, en Suiza, en Holanda. Además toda la Europa civil tiene una religion comun, tiene las tradiciones romanas que servirian de lazo, si la intolerancia y la falta de garantías suficientes para resistir, no hiciesen siempre que los débiles se plegasen á la voluntad del fuerte. El que hoy piensa en la monarquía universal muestra mas ambicion que genio; porque la paridad de disciplina, el equilibrio de las fuerzas y la celeridad de las comunicaciones hacen imposible para uno solo el sojuzgar toda la Europa: la Alemania, centro de ésta; lo impedirá siempre, no obstante los defectos de su constitucion, y la paz de Westfalia seguirá siendo la base del sistema político. Sin embargo, para mantenerlo se necesita un movimiento de accion y de reaccion, y para vigorizar este movimiento una confederacion general con potestad legislativa suprema, y un tribunal y poder coercitivo. La sensatez bastará para mostrar á las potencias cuánto les conviene someter sus respectivas pretensiones á un árbitro imparcial, en vez de recurrir á las armas, recurso que raras veces aprovecha aun al vencedor mismo.

Gaspar de Real en la *Ciencia del gobierno* en ocho partes, compendia las doctrinas de los publicistas clásicos tratándolas de un modo mas práctico que Burlamaqui y Vattel. Si se compara la generosidad que todos respiran con la sórdida política de aquel siglo, con sus astucias de la paz, con sus guerras de bandidos, se comprenderán cuán poco vale un de-

los escritos está en esta mácsima, *que la razon engaña con mas frecuencia que la naturaleza*. Estas frases, que eran la mayor condenacion del sistema de entonces, fueron *interrumpidas por las lágrimas y los aplausos de los espectadores* Nouvelles Politiques, 24 vendimiare an. III.